



PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

# LA TUMBA DE AURORA K.

PEDRO RIERA

edebé

PEDRO RIERA

# LA TUMBA DE AURORA K.

PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
JUVENIL



**edebé**

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Xavier Brines, Victoria Fernández, Anna Gasol, Rosa Navarro y Robert Saladrigas.

© Pedro Riera, 2014  
Agencia Literaria Sandra Bruna

© Edición: EDEBÉ, 2014  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.net

Atención al cliente 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Dirección de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Editora de Literatura Infantil y Juvenil:* Elena Valencia  
*Diseño de la colección:* César Farrés  
*Fotografía de la cubierta:* Getty Images  
© *Fotografía del autor:* Violeta Montaner

1a edición, marzo 2014

ISBN 978-84-683-1250-7  
Depósito Legal: B. 2812-2014  
Impreso en España  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Aliénor.*

## Capítulo uno

El coche de alquiler no arrancó. La abuela habría interpretado el incidente como un mal augurio y habría tratado de convencernos por todos los medios de que nos olvidáramos de aquel asunto y volviéramos a casa. Y ella tenía buen instinto para esas cosas. Sin embargo, la abuela no estaba allí y nosotros no teníamos ninguna intención de abandonar. Mi padre recogió la mochila y el maletín del asiento trasero del coche, y me pasó mi bufanda.

—En marcha, Anna —dijo—. Iremos andando.

El cementerio se encontraba fuera del pueblo, a unos veinte minutos a pie por una carretera de tierra que avanzaba en línea recta entre campos cubiertos de escarcha por los que revoloteaban ruidosas las cornejas. El suelo estaba lleno de charcos helados, de distintos tamaños, con una tentadora capa de hielo blanquecino. En general, me encanta pisarlos y notar cómo el hielo se resquebraja bajo la suela de mi zapato; pero ese día no pisé ninguno. Quería demostrarle a mi padre que era capaz de comportarme con la madurez que requería la situación.

Entre la niebla, distinguimos los muros del cementerio. Tenían un aspecto siniestro en la luz mortecina del amanecer. Me volví hacia mi padre. Él me sonrió. Sus ojos tenían un azul clarísimo e irradiaban su habitual parsimonia.

Era un cementerio antiguo y sombrío.

La hiedra lo había invadido todo; trepaba hasta las copas de los árboles y había devorado la mayoría de las lápidas. Solo un par de altas cruces y la estatua de un ángel que lloraba desconsolado sobre una tumba resistían en parte a la voracidad de la vegetación.

Mi padre sacó el plano que le habían enviado por correo electrónico y lo desdobló. Tras consultarlo, miró a su alrededor, y me condujo por un pequeño sendero con el asfalto agrietado. A través de un viejo arco de piedra, accedimos a un espacio más moderno y mucho mejor cuidado, amplio y sin árboles. La hierba apenas alcanzaba unos centímetros de altura, y había flores de plástico y cirios consumidos sobre algunas tumbas.

Los nichos estaban situados al fondo.

A medida que nos acercábamos, noté que mi padre aceleraba el paso. Al llegar al último pasillo, volvió a consultar el plano. Avanzó despacio, con la mirada fija en los nichos que ocupaban la tercera hilera contando desde el suelo. Se detuvo frente a uno que llamaba la atención porque, en la lápida, el apellido aparecía representado solo por una inicial: «Aurora K.».

Se quedó con la vista clavada en la inscripción largo rato.

De repente, sonaron voces y risas.

Giré la cabeza hacia el arco de piedra y vi aparecer

por debajo a dos hombres con monos de trabajo de color azul. El mayor tenía el pelo blanco y cargaba una escalera al hombro. Su compañero era mucho más joven; se había recogido el pelo en una cola de caballo y acarreaba una caja de herramientas de aspecto pesado. Les seguía un tercer hombre, alto y delgado, vestido con americana y corbata, y con un anorak oscuro abierto por encima. Sujetaba una carpeta marrón en la mano.

Nos quedamos observando cómo se acercaban. Ellos también habían advertido nuestra presencia y se quedaron serios y callados. El hombre de la carpeta marrón se adelantó en los últimos metros. Iba bien afeitado y olía a colonia. Nos dio los buenos días y estrechó la mano a mi padre de forma enérgica, al tiempo que le preguntaba:

—¿Mike Peterson?

—No. Soy Stefan Malnik. Yo me encargaré de tomar las muestras.

—Ningún problema. Los papeles están en regla. ¿Le parece que procedamos?

Mi padre asintió.

El hombre del pelo blanco apoyó entonces la escalera junto al nicho de Aurora K. y la sujetó con fuerza. Su compañero se subió con un gran martillo y un cincel. Con mucho cuidado, empezó a picar en el cemento que fijaba la lápida de mármol al nicho por todo su perímetro. Su golpeteo era rítmico. El silencio en el que nos manteníamos se veía interrumpido cada poco por las órdenes del hombre del pelo blanco, que le decía a su ayudante que golpeará más flojo o le advertía que no variara el ángulo del cincel. Una lluvia

de piedrecitas rebotaba sobre el pavimento. Una de ellas rodó hasta mis pies y quedó en equilibrio sobre la punta de mi zapato. La estaba observando, cuando sonó un fuerte crujido. Alcé la vista a tiempo de ver cómo un trozo de la lápida de mármol se precipitaba al vacío y se hacía pedazos contra el suelo. Mi padre me pasó el brazo por detrás de mi espalda y me apretó el hombro, reconfortante.

El joven del martillo miró a su compañero, como disculpándose, y a un gesto afirmativo de este, acabó de sacar la lápida a martillazo limpio, ya sin ninguna delicadeza. Después, agarró el ataúd que había dentro y estiró de él con fuerza. Entre los dos operarios lo bajaron al el suelo y lo depositaron a nuestros pies.

Era un ataúd sin asas ni adornos, de madera de pino, y bastante deteriorado por la humedad.

El mayor sacó una pata de cabra de la caja de herramientas y la encajó bajo la tapa del ataúd. Entonces me miró un instante, y a continuación se volvió interrogante hacia mi padre. Debía de pensar que aquel no era un espectáculo apropiado para una chica de quince años. Mi padre le indicó con un gesto de la cabeza que prosiguiera. El hombre hizo palanca, utilizando el peso de su cuerpo, y sonó un fuerte crujido. Tuvo que repetir la operación tres veces para soltar todos los clavos.

Cuando retiraron la tapa, se me escapó un grito. Una calavera de expresión furiosa nos observaba fijamente a mi padre y a mí desde las cuencas vacías de sus ojos. Parecía recriminarnos con un aullido mudo que hubiésemos osado perturbar su reposo. Y aunque más tarde mi padre me lo negó, yo sé que a él también le



impresión, porque su mano se cerró sobre mi hombro con demasiada fuerza.

—¿Estás bien, Anna? —me preguntó en un susurro.

—Sí... —dije, si bien no debí de sonar muy convincente.

—Tiene la cabeza ladeada hacia nosotros; por eso da la sensación de que nos mira —me argumentó—. Pero no es más que un esqueleto. No puede hacernos daño.

Yo sabía que tenía razón, y que la apariencia de que nos gritaba se debía a que se le había descolgado la mandíbula. Aun así, me hubiera quedado mucho más tranquila si el esqueleto de Aurora K. hubiera mirado hacia los tres hombres que ahora nos contemplaban con cara de circunstancias. Me solté de mi padre y me alejé lo suficiente para quedar fuera del campo de visión de aquella odiosa calavera. Solo entonces me di cuenta de que el esqueleto era muy grande; cabía justo en el ataúd y tenía unos pies enormes.

—¿Me dejan espacio, por favor? —les pidió mi padre a los otros.

Los tres se retiraron un par de metros hacia atrás.

Mi padre apoyó el maletín en el suelo y lo abrió. Mientras observaba su instrumental, como decidiendo qué iba a utilizar para tomar las muestras, metió la mano con mucho disimulo dentro del ataúd y alcanzó un objeto pequeño. Era un frasquito de cristal. Antes de que desapareciera dentro de su mano, distinguí en su interior un papelito enrollado. Un mensaje, pues creí ver que estaba escrito. Los tres hombres no advirtieron nada porque mi padre había ocultado la maniobra con su cuerpo. El pulso se me aceleró. ¿Qué mensaje nos

mandaba Aurora K. desde el más allá? Entonces, al desviar la vista, descubrí que bajo la mano izquierda del esqueleto había tres llaves en una arandela de hierro.

—Papá... —se me escapó, y me encontré señalándolas con el dedo.

Todos me miraron con curiosidad. Por suerte, los tres hombres no podían ver las llaves desde donde estaban, porque el propio ataúd se lo impedía.

—Tiene unos brazos muy largos —añadí para justificar mi reacción.

—Ve a dar una vuelta, hija —me dijo mi padre, y me guiñó el ojo, indicando que ya había visto las llaves—. Esto me llevará un rato.

Le obedecí.

Estuve paseando arriba y abajo, frente a los nichos.

Ya no me acordaba de todas las cosas horribles que me habían sucedido en las últimas semanas. Solo pensaba en abrir el frasco y empezar una investigación que intuía fascinante. En ese momento estaba convencida de que acabábamos de encontrar las pistas que nos conducirían hasta un tesoro.

Habíamos viajado hasta el pequeño pueblo de Clayton para que mi padre tomara las muestras de ADN y averiguara si aquella mujer, Aurora K., era la «madre de mi padre». La biológica. Y remarco lo de la «madre de mi padre» porque, para mí, aquella mujer nunca sería mi abuela. Mi abuela era la otra, la de toda la vida, la que montaba multitudinarias partidas de cartas con los primos, la que me hacía empanadillas de pollo para mi cumpleaños, la que nos contaba aquellas asombrosas historias sobre la vida en Turenia antes de

la guerra; la mujer supersticiosa que cerraba todas las ventanas de la casa en pleno verano porque le aterraban las corrientes de aire, la que se colaba en el jardín de su mejor amiga de noche y arrancaba las hortensias, convencida de que traían mala suerte. La abuela. Y ninguna prueba de ADN iba a cambiar eso. No me importaba que su sangre no corriera por mis venas, ni la del abuelo, ni la de mis primos. Ellos eran mi familia. Yo era y sería siempre una Pekar.

Pero me temo que me estoy liando...

Mi padre no se cansa de repetirme que las historias hay que explicarlas desde el principio. Yo suelo dejarme llevar por el entusiasmo y a menudo las empiezo por la mitad, y luego me veo obligada a hacer aclaraciones y más aclaraciones, y acabo creando tanta confusión que nadie me sigue. De hecho, mis primos me tienen prohibido contar historias porque dicen que las estropeo. Por supuesto, eso no me detiene. En eso también se nota que soy una Pekar. Basta que me prohíban algo para que me entren aún más ganas de hacerlo.

Sin embargo, esta historia es demasiado extraordinaria y me gustaría contarla bien. Así que la empezaré de nuevo. Desde el principio. No sé cómo estaréis vosotros de tiempo. Yo tengo unas cuantas horas por delante. Me conozco y sé que, con lo nerviosa que estoy, esta noche no voy a pegar ojo. Y os prometo que la historia vale la pena.

Arranca muy atrás en el tiempo, mucho antes de que yo naciera, cuando mi padre era un niño pequeño y estalló la guerra en Turenia...

## *Capítulo dos*

**E**n el colegio nos pasaron unas imágenes de los primeros meses de guerra de Turenia que me impresionaron mucho.

En ellas, una riada de civiles távaros escapa de los combates por una carretera de montaña. Los más afortunados viajan en camiones. Las cajas de los vehículos están tan abarrotadas que es imposible hacer sitio a nadie más. No cabría ni un alfiler. Alrededor ellos, cientos de personas huyen a pie, cargando las pocas pertenencias que pueden llevar a cuestas. Es gente humilde, va pobremente vestida, agotada y sucia. En los márgenes de la carretera hay nieve, así que debe de hacer frío. De pronto, una de las mujeres que va andando se acerca a un camión y les entrega al niño que lleva en brazos a los que viajan en el interior.

El profesor nos explicó que aquella mujer actuó así con la intención de salvar la vida a su hijo, ya que durante aquella penosa huida muchos creían que las milicias urenas los alcanzarían y los masacrarían a todos.

Sin embargo, aquel niño, que tendría unos dos

años, no quería separarse de su madre. En las imágenes se ve cómo llora desconsolado y lucha con todas sus fuerzas contra los desconocidos que lo retienen en el interior del camión, hasta que este desaparece de plano. La madre permanece inmóvil, como una estatua de sal, con la vista perdida al frente. A su alrededor la gente sigue desfilando a pie, indiferente a la terrible escena que se ha desarrollado frente a sus ojos: la guerra acaba de separar a una madre de su hijo, quizás para siempre.

El niño de las imágenes no es mi padre, pero podría haberlo sido.

Cuando el abuelo Josef tenía veintitrés años, abandonó su pueblo hacinado en la caja de un camión. Le acompañaban las mujeres y los niños de la familia: su esposa, sus dos hijos pequeños, su madre, tres cuñadas y siete sobrinos. Por el camino, en una carretera de montaña como la de las imágenes, aprovechando que el camión se había detenido un momento, un hombre que iba a pie le confió a su hijo de tres años y le suplicó que lo pusiera a salvo. Antes de que el vehículo arrancara de nuevo, aquel hombre solo tuvo tiempo de decirle el nombre del niño: Stefan Malnik. Mi padre.

El abuelo Josef hizo lo que estuvo en su mano por reunir de nuevo a padre e hijo.

Los siguientes ocho meses los pasaron en un campo de refugiados. A menudo recibían visitas de miembros de ONG que trataban de reagrupar a los familiares que se habían separado durante el caótico éxodo. Se repartieron fotos de mi padre entre los demás campos de refugiados y su nombre se incluyó en diferentes

listas, pero nadie reclamó a un niño llamado Stefan Malnik.

Entonces les concedieron los visados para emigrar a Estados Unidos.

El abuelo se llevó a mi padre con él, aunque siguió en contacto con aquellas ONG para que, si el hombre aparecía, pudiera reunirse con su hijo. Nunca sucedió. El abuelo Josef entendió el motivo cuando ya llevaba tres años en Estados Unidos, gracias a un libro de fotografías sobre la guerra de Turenia. Ahí estaba el hombre, en blanco y negro, en la página diecisiete, tendido sobre una pila de cadáveres. En su cara, en su torso y en sus brazos, había signos claros de que le habían torturado antes de pegarle un tiro en la sien. Tenía cortes y señales de quemaduras de cigarrillos por todo el cuerpo, y le habían grabado con un cuchillo el símbolo de la Doble U en el pecho. Su nombre no aparecía en el libro, pero el abuelo Josef lo reconoció sin la menor duda. Además el pie de foto indicaba que la instantánea la habían sacado en Grébovo, un pueblo a diez kilómetros escasos del punto de la carretera donde aquel desconocido le había confiado al pequeño, y tan solo dos días después de que lo hiciera. Todo cuadraba.

El abuelo se puso en contacto con el reportero de guerra que había sacado la foto y le preguntó si tenía más información sobre aquel hombre. No la tenía. Sin embargo, recordaba perfectamente aquella mañana, no solo por las escenas de horror que presenció, sino por el miedo que pasó. Temió que los milicianos no le permitieran salir vivo del pueblo para no dejar testigos de la masacre. El fotógrafo vio cómo cargaban una

veintena de cadáveres en un camión y se los llevaban. Aquella era una práctica habitual de la milicias urenas. Enterraban a los civiles que asesinaban en fosas comunes escondidas en medio del bosque para borrar las pruebas de sus crímenes, en previsión de que alguien investigara en el futuro.

Y eso es todo lo que llegó a saber mi padre de su familia real, hasta que, hace unos meses, recibió una carta anónima con un detalle que indicaba que Aurora K. podía ser su madre.

Esa pista fue la que nos llevó aquella mañana hasta el cementerio de Clayton, ya que mi padre consiguió el permiso para exhumar el cadáver de Aurora K. y tomar muestras de ADN.

Pero de nuevo me estoy adelantando, y he de seguir con la historia del abuelo Josef...

## *Capítulo tres*

El abuelo Josef escapó de su pueblo durante el segundo mes de guerra. Por ser el pequeño de los hermanos, le encargaron que pusiera a salvo a las mujeres y a los niños de la familia, mientras su padre y sus tres hermanos se quedaban a defender sus tierras. Ya en el campo de refugiados, averiguó por un vecino que los cuatro habían muerto a los pocos días a manos de las Hienas de Kiril, una de las milicias urenas que no tardaría en hacerse tristemente famosa en el mundo entero. Sus cuerpos continúan en paradero desconocido.

Por lo que cuentan, el abuelo no derramó una sola lágrima al enterarse.

Cuando su padre y sus hermanos decidieron quedarse en el pueblo a combatir, él ya sabía que acabarían así. Sus muertes se produjeron mucho antes de lo que había previsto, pero se había preparado para recibir la noticia. Ahora era el jefe de familia. No se podía permitir ser débil.

Abandonar el campo de refugiados se convirtió en su prioridad. El abuelo Josef se sentía como en una



cárcel allí dentro. Consideraba indigno que un hombre joven se pasara los días mano sobre mano y tuviera que hacer cola para comer, como si estuviera pidiendo limosna. Él quería trabajar y dar una vida digna a su familia. Muchos de sus amigos del campo de refugiados le recomendaron que tuviera paciencia. Ellos estaban convencidos de que la comunidad internacional jamás permitiría que se cometiera un genocidio en el corazón de Europa y que no tardaría en intervenir militarmente para frenar al ejército ureno. Creían sinceramente que la guerra duraría a lo sumo unos meses y pronto podrían volver a sus casas. Sin embargo, el abuelo no confiaba en la comunidad internacional, así que contactó con Darko, un tío segundo que había emigrado a Estados Unidos al estallar la crisis económica en Turenia.

Darko les consiguió visados y les adelantó el dinero para los billetes de avión.

Se instalaron con él en Lower Hill, una ciudad de la costa oeste en pleno crecimiento y reputada por su gran calidad de vida, aunque en un suburbio depauperado y abandonado de la mano de Dios. Allí no llegaban el metro ni el autobús, y era necesario conducir varias millas para encontrar una tienda de comestibles. La policía nunca patrullaba por aquellas calles, donde imponía su ley La 48, una banda hispana que se disputaba a tiro limpio el mercado de la droga con otras bandas rivales.

Para mi padre, la sensación de haber vivido una guerra no está asociada a Turenia, sino a aquellos primeros años en Lower Hill. Las calles eran tan peligrosas que tenían que jugar dentro de las casas. Cada tanto se entablaban verdaderas batallas, que podían durar va-

PEDRO RIERA

# LA TUMBA DE AURORA K.

PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
JUVENIL



**edebé**

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Xavier Brines, Victoria Fernández, Anna Gasol, Rosa Navarro y Robert Saladrigas.

© Pedro Riera, 2014  
Agencia Literaria Sandra Bruna

© Edición: EDEBÉ, 2014  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.net

Atención al cliente 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Dirección de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Editora de Literatura Infantil y Juvenil:* Elena Valencia  
*Diseño de la colección:* César Farrés  
*Fotografía de la cubierta:* Getty Images  
© *Fotografía del autor:* Violeta Montaner

1a edición, marzo 2014

ISBN 978-84-683-1250-7  
Depósito Legal: B. 2812-2014  
Impreso en España  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Aliénor.*

## Capítulo uno

El coche de alquiler no arrancó. La abuela habría interpretado el incidente como un mal augurio y habría tratado de convencernos por todos los medios de que nos olvidáramos de aquel asunto y volviéramos a casa. Y ella tenía buen instinto para esas cosas. Sin embargo, la abuela no estaba allí y nosotros no teníamos ninguna intención de abandonar. Mi padre recogió la mochila y el maletín del asiento trasero del coche, y me pasó mi bufanda.

—En marcha, Anna —dijo—. Iremos andando.

El cementerio se encontraba fuera del pueblo, a unos veinte minutos a pie por una carretera de tierra que avanzaba en línea recta entre campos cubiertos de escarcha por los que revoloteaban ruidosas las cornejas. El suelo estaba lleno de charcos helados, de distintos tamaños, con una tentadora capa de hielo blanquecino. En general, me encanta pisarlos y notar cómo el hielo se resquebraja bajo la suela de mi zapato; pero ese día no pisé ninguno. Quería demostrarle a mi padre que era capaz de comportarme con la madurez que requería la situación.

Entre la niebla, distinguimos los muros del cementerio. Tenían un aspecto siniestro en la luz mortecina del amanecer. Me volví hacia mi padre. Él me sonrió. Sus ojos tenían un azul clarísimo e irradiaban su habitual parsimonia.

Era un cementerio antiguo y sombrío.

La hiedra lo había invadido todo; trepaba hasta las copas de los árboles y había devorado la mayoría de las lápidas. Solo un par de altas cruces y la estatua de un ángel que lloraba desconsolado sobre una tumba resistían en parte a la voracidad de la vegetación.

Mi padre sacó el plano que le habían enviado por correo electrónico y lo desdobló. Tras consultarlo, miró a su alrededor, y me condujo por un pequeño sendero con el asfalto agrietado. A través de un viejo arco de piedra, accedimos a un espacio más moderno y mucho mejor cuidado, amplio y sin árboles. La hierba apenas alcanzaba unos centímetros de altura, y había flores de plástico y cirios consumidos sobre algunas tumbas.

Los nichos estaban situados al fondo.

A medida que nos acercábamos, noté que mi padre aceleraba el paso. Al llegar al último pasillo, volvió a consultar el plano. Avanzó despacio, con la mirada fija en los nichos que ocupaban la tercera hilera contando desde el suelo. Se detuvo frente a uno que llamaba la atención porque, en la lápida, el apellido aparecía representado solo por una inicial: «Aurora K.».

Se quedó con la vista clavada en la inscripción largo rato.

De repente, sonaron voces y risas.

Giré la cabeza hacia el arco de piedra y vi aparecer

por debajo a dos hombres con monos de trabajo de color azul. El mayor tenía el pelo blanco y cargaba una escalera al hombro. Su compañero era mucho más joven; se había recogido el pelo en una cola de caballo y acarreaba una caja de herramientas de aspecto pesado. Les seguía un tercer hombre, alto y delgado, vestido con americana y corbata, y con un anorak oscuro abierto por encima. Sujetaba una carpeta marrón en la mano.

Nos quedamos observando cómo se acercaban. Ellos también habían advertido nuestra presencia y se quedaron serios y callados. El hombre de la carpeta marrón se adelantó en los últimos metros. Iba bien afeitado y olía a colonia. Nos dio los buenos días y estrechó la mano a mi padre de forma enérgica, al tiempo que le preguntaba:

—¿Mike Peterson?

—No. Soy Stefan Malnik. Yo me encargaré de tomar las muestras.

—Ningún problema. Los papeles están en regla. ¿Le parece que procedamos?

Mi padre asintió.

El hombre del pelo blanco apoyó entonces la escalera junto al nicho de Aurora K. y la sujetó con fuerza. Su compañero se subió con un gran martillo y un cincel. Con mucho cuidado, empezó a picar en el cemento que fijaba la lápida de mármol al nicho por todo su perímetro. Su golpeteo era rítmico. El silencio en el que nos manteníamos se veía interrumpido cada poco por las órdenes del hombre del pelo blanco, que le decía a su ayudante que golpeará más flojo o le advertía que no variara el ángulo del cincel. Una lluvia

de piedrecitas rebotaba sobre el pavimento. Una de ellas rodó hasta mis pies y quedó en equilibrio sobre la punta de mi zapato. La estaba observando, cuando sonó un fuerte crujido. Alcé la vista a tiempo de ver cómo un trozo de la lápida de mármol se precipitaba al vacío y se hacía pedazos contra el suelo. Mi padre me pasó el brazo por detrás de mi espalda y me apretó el hombro, reconfortante.

El joven del martillo miró a su compañero, como disculpándose, y a un gesto afirmativo de este, acabó de sacar la lápida a martillazo limpio, ya sin ninguna delicadeza. Después, agarró el ataúd que había dentro y estiró de él con fuerza. Entre los dos operarios lo bajaron al el suelo y lo depositaron a nuestros pies.

Era un ataúd sin asas ni adornos, de madera de pino, y bastante deteriorado por la humedad.

El mayor sacó una pata de cabra de la caja de herramientas y la encajó bajo la tapa del ataúd. Entonces me miró un instante, y a continuación se volvió interrogante hacia mi padre. Debía de pensar que aquel no era un espectáculo apropiado para una chica de quince años. Mi padre le indicó con un gesto de la cabeza que prosiguiera. El hombre hizo palanca, utilizando el peso de su cuerpo, y sonó un fuerte crujido. Tuvo que repetir la operación tres veces para soltar todos los clavos.

Cuando retiraron la tapa, se me escapó un grito. Una calavera de expresión furiosa nos observaba fijamente a mi padre y a mí desde las cuencas vacías de sus ojos. Parecía recriminarnos con un aullido mudo que hubiésemos osado perturbar su reposo. Y aunque más tarde mi padre me lo negó, yo sé que a él también le



impresión, porque su mano se cerró sobre mi hombro con demasiada fuerza.

—¿Estás bien, Anna? —me preguntó en un susurro.

—Sí... —dije, si bien no debí de sonar muy convincente.

—Tiene la cabeza ladeada hacia nosotros; por eso da la sensación de que nos mira —me argumentó—. Pero no es más que un esqueleto. No puede hacernos daño.

Yo sabía que tenía razón, y que la apariencia de que nos gritaba se debía a que se le había descolgado la mandíbula. Aun así, me hubiera quedado mucho más tranquila si el esqueleto de Aurora K. hubiera mirado hacia los tres hombres que ahora nos contemplaban con cara de circunstancias. Me solté de mi padre y me alejé lo suficiente para quedar fuera del campo de visión de aquella odiosa calavera. Solo entonces me di cuenta de que el esqueleto era muy grande; cabía justo en el ataúd y tenía unos pies enormes.

—¿Me dejan espacio, por favor? —les pidió mi padre a los otros.

Los tres se retiraron un par de metros hacia atrás.

Mi padre apoyó el maletín en el suelo y lo abrió. Mientras observaba su instrumental, como decidiendo qué iba a utilizar para tomar las muestras, metió la mano con mucho disimulo dentro del ataúd y alcanzó un objeto pequeño. Era un frasquito de cristal. Antes de que desapareciera dentro de su mano, distinguí en su interior un papelito enrollado. Un mensaje, pues creí ver que estaba escrito. Los tres hombres no advirtieron nada porque mi padre había ocultado la maniobra con su cuerpo. El pulso se me aceleró. ¿Qué mensaje nos

mandaba Aurora K. desde el más allá? Entonces, al desviar la vista, descubrí que bajo la mano izquierda del esqueleto había tres llaves en una arandela de hierro.

—Papá... —se me escapó, y me encontré señalándolas con el dedo.

Todos me miraron con curiosidad. Por suerte, los tres hombres no podían ver las llaves desde donde estaban, porque el propio ataúd se lo impedía.

—Tiene unos brazos muy largos —añadí para justificar mi reacción.

—Ve a dar una vuelta, hija —me dijo mi padre, y me guiñó el ojo, indicando que ya había visto las llaves—. Esto me llevará un rato.

Le obedecí.

Estuve paseando arriba y abajo, frente a los nichos.

Ya no me acordaba de todas las cosas horribles que me habían sucedido en las últimas semanas. Solo pensaba en abrir el frasco y empezar una investigación que intuía fascinante. En ese momento estaba convencida de que acabábamos de encontrar las pistas que nos conducirían hasta un tesoro.

Habíamos viajado hasta el pequeño pueblo de Clayton para que mi padre tomara las muestras de ADN y averiguara si aquella mujer, Aurora K., era la «madre de mi padre». La biológica. Y remarco lo de la «madre de mi padre» porque, para mí, aquella mujer nunca sería mi abuela. Mi abuela era la otra, la de toda la vida, la que montaba multitudinarias partidas de cartas con los primos, la que me hacía empanadillas de pollo para mi cumpleaños, la que nos contaba aquellas asombrosas historias sobre la vida en Turenia antes de

la guerra; la mujer supersticiosa que cerraba todas las ventanas de la casa en pleno verano porque le aterraban las corrientes de aire, la que se colaba en el jardín de su mejor amiga de noche y arrancaba las hortensias, convencida de que traían mala suerte. La abuela. Y ninguna prueba de ADN iba a cambiar eso. No me importaba que su sangre no corriera por mis venas, ni la del abuelo, ni la de mis primos. Ellos eran mi familia. Yo era y sería siempre una Pekar.

Pero me temo que me estoy liando...

Mi padre no se cansa de repetirme que las historias hay que explicarlas desde el principio. Yo suelo dejarme llevar por el entusiasmo y a menudo las empiezo por la mitad, y luego me veo obligada a hacer aclaraciones y más aclaraciones, y acabo creando tanta confusión que nadie me sigue. De hecho, mis primos me tienen prohibido contar historias porque dicen que las estropeo. Por supuesto, eso no me detiene. En eso también se nota que soy una Pekar. Basta que me prohíban algo para que me entren aún más ganas de hacerlo.

Sin embargo, esta historia es demasiado extraordinaria y me gustaría contarla bien. Así que la empezaré de nuevo. Desde el principio. No sé cómo estaréis vosotros de tiempo. Yo tengo unas cuantas horas por delante. Me conozco y sé que, con lo nerviosa que estoy, esta noche no voy a pegar ojo. Y os prometo que la historia vale la pena.

Arranca muy atrás en el tiempo, mucho antes de que yo naciera, cuando mi padre era un niño pequeño y estalló la guerra en Turenia...

## *Capítulo dos*

**E**n el colegio nos pasaron unas imágenes de los primeros meses de guerra de Turenia que me impresionaron mucho.

En ellas, una riada de civiles távaros escapa de los combates por una carretera de montaña. Los más afortunados viajan en camiones. Las cajas de los vehículos están tan abarrotadas que es imposible hacer sitio a nadie más. No cabría ni un alfiler. Alrededor ellos, cientos de personas huyen a pie, cargando las pocas pertenencias que pueden llevar a cuestas. Es gente humilde, va pobremente vestida, agotada y sucia. En los márgenes de la carretera hay nieve, así que debe de hacer frío. De pronto, una de las mujeres que va andando se acerca a un camión y les entrega al niño que lleva en brazos a los que viajan en el interior.

El profesor nos explicó que aquella mujer actuó así con la intención de salvar la vida a su hijo, ya que durante aquella penosa huida muchos creían que las milicias urenas los alcanzarían y los masacrarían a todos.

Sin embargo, aquel niño, que tendría unos dos

años, no quería separarse de su madre. En las imágenes se ve cómo llora desconsolado y lucha con todas sus fuerzas contra los desconocidos que lo retienen en el interior del camión, hasta que este desaparece de plano. La madre permanece inmóvil, como una estatua de sal, con la vista perdida al frente. A su alrededor la gente sigue desfilando a pie, indiferente a la terrible escena que se ha desarrollado frente a sus ojos: la guerra acaba de separar a una madre de su hijo, quizás para siempre.

El niño de las imágenes no es mi padre, pero podría haberlo sido.

Cuando el abuelo Josef tenía veintitrés años, abandonó su pueblo hacinado en la caja de un camión. Le acompañaban las mujeres y los niños de la familia: su esposa, sus dos hijos pequeños, su madre, tres cuñadas y siete sobrinos. Por el camino, en una carretera de montaña como la de las imágenes, aprovechando que el camión se había detenido un momento, un hombre que iba a pie le confió a su hijo de tres años y le suplicó que lo pusiera a salvo. Antes de que el vehículo arrancara de nuevo, aquel hombre solo tuvo tiempo de decirle el nombre del niño: Stefan Malnik. Mi padre.

El abuelo Josef hizo lo que estuvo en su mano por reunir de nuevo a padre e hijo.

Los siguientes ocho meses los pasaron en un campo de refugiados. A menudo recibían visitas de miembros de ONG que trataban de reagrupar a los familiares que se habían separado durante el caótico éxodo. Se repartieron fotos de mi padre entre los demás campos de refugiados y su nombre se incluyó en diferentes

listas, pero nadie reclamó a un niño llamado Stefan Malnik.

Entonces les concedieron los visados para emigrar a Estados Unidos.

El abuelo se llevó a mi padre con él, aunque siguió en contacto con aquellas ONG para que, si el hombre aparecía, pudiera reunirse con su hijo. Nunca sucedió. El abuelo Josef entendió el motivo cuando ya llevaba tres años en Estados Unidos, gracias a un libro de fotografías sobre la guerra de Turenia. Ahí estaba el hombre, en blanco y negro, en la página diecisiete, tendido sobre una pila de cadáveres. En su cara, en su torso y en sus brazos, había signos claros de que le habían torturado antes de pegarle un tiro en la sien. Tenía cortes y señales de quemaduras de cigarrillos por todo el cuerpo, y le habían grabado con un cuchillo el símbolo de la Doble U en el pecho. Su nombre no aparecía en el libro, pero el abuelo Josef lo reconoció sin la menor duda. Además el pie de foto indicaba que la instantánea la habían sacado en Grébovo, un pueblo a diez kilómetros escasos del punto de la carretera donde aquel desconocido le había confiado al pequeño, y tan solo dos días después de que lo hiciera. Todo cuadraba.

El abuelo se puso en contacto con el reportero de guerra que había sacado la foto y le preguntó si tenía más información sobre aquel hombre. No la tenía. Sin embargo, recordaba perfectamente aquella mañana, no solo por las escenas de horror que presenció, sino por el miedo que pasó. Temió que los milicianos no le permitieran salir vivo del pueblo para no dejar testigos de la masacre. El fotógrafo vio cómo cargaban una

veintena de cadáveres en un camión y se los llevaban. Aquella era una práctica habitual de la milicias urenas. Enterraban a los civiles que asesinaban en fosas comunes escondidas en medio del bosque para borrar las pruebas de sus crímenes, en previsión de que alguien investigara en el futuro.

Y eso es todo lo que llegó a saber mi padre de su familia real, hasta que, hace unos meses, recibió una carta anónima con un detalle que indicaba que Aurora K. podía ser su madre.

Esa pista fue la que nos llevó aquella mañana hasta el cementerio de Clayton, ya que mi padre consiguió el permiso para exhumar el cadáver de Aurora K. y tomar muestras de ADN.

Pero de nuevo me estoy adelantando, y he de seguir con la historia del abuelo Josef...

## *Capítulo tres*

El abuelo Josef escapó de su pueblo durante el segundo mes de guerra. Por ser el pequeño de los hermanos, le encargaron que pusiera a salvo a las mujeres y a los niños de la familia, mientras su padre y sus tres hermanos se quedaban a defender sus tierras. Ya en el campo de refugiados, averiguó por un vecino que los cuatro habían muerto a los pocos días a manos de las Hienas de Kiril, una de las milicias urenas que no tardaría en hacerse tristemente famosa en el mundo entero. Sus cuerpos continúan en paradero desconocido.

Por lo que cuentan, el abuelo no derramó una sola lágrima al enterarse.

Cuando su padre y sus hermanos decidieron quedarse en el pueblo a combatir, él ya sabía que acabarían así. Sus muertes se produjeron mucho antes de lo que había previsto, pero se había preparado para recibir la noticia. Ahora era el jefe de familia. No se podía permitir ser débil.

Abandonar el campo de refugiados se convirtió en su prioridad. El abuelo Josef se sentía como en una



cárcel allí dentro. Consideraba indigno que un hombre joven se pasara los días mano sobre mano y tuviera que hacer cola para comer, como si estuviera pidiendo limosna. Él quería trabajar y dar una vida digna a su familia. Muchos de sus amigos del campo de refugiados le recomendaron que tuviera paciencia. Ellos estaban convencidos de que la comunidad internacional jamás permitiría que se cometiera un genocidio en el corazón de Europa y que no tardaría en intervenir militarmente para frenar al ejército ureno. Creían sinceramente que la guerra duraría a lo sumo unos meses y pronto podrían volver a sus casas. Sin embargo, el abuelo no confiaba en la comunidad internacional, así que contactó con Darko, un tío segundo que había emigrado a Estados Unidos al estallar la crisis económica en Turenia.

Darko les consiguió visados y les adelantó el dinero para los billetes de avión.

Se instalaron con él en Lower Hill, una ciudad de la costa oeste en pleno crecimiento y reputada por su gran calidad de vida, aunque en un suburbio depauperado y abandonado de la mano de Dios. Allí no llegaban el metro ni el autobús, y era necesario conducir varias millas para encontrar una tienda de comestibles. La policía nunca patrullaba por aquellas calles, donde imponía su ley La 48, una banda hispana que se disputaba a tiro limpio el mercado de la droga con otras bandas rivales.

Para mi padre, la sensación de haber vivido una guerra no está asociada a Turenia, sino a aquellos primeros años en Lower Hill. Las calles eran tan peligrosas que tenían que jugar dentro de las casas. Cada tanto se entablaban verdaderas batallas, que podían durar va-